

da el mismo dador y Señor de todos los bienes. Y porque mejor entiendas la obligación que á esto tienes, auérdate de aquel mandamiento que mandó Dios á Moisés (1) cuando después de haber enviado el maná á los hijos de Israel, le dijo que tomase un vaso de oro y le hinchiese del maná y lo pusiese dentro del arca del testamento; y que estuviese allí guardado perpetuamente, para que supiesen todas las generaciones advenideras con qué linaje de manjar había él sustentado á sus padres cuarenta años en el desierto. Pues dime ahora: ¿qué comparación hay entre aquel maná (que era manjar corruptible) y este Santísimo Sacramento, que es manjar de vida perdurable? Pues si tal agradecimiento y memoria pedía Dios por aquel manjar corruptible, ¿qué pedirá por éste, que es manjar de vida, y vida eterna? No se puede esto explicar con ningún género de palabras.

En este mismo día también debe tener el hombre sobre sí la guarda que pide una tan solemne hospedería como es haber recibido dentro de sí á Dios. Y si el Profeta David decía (2) que tenía reverencia al lugar en que habían estado los pies de Dios, razón será que este día tenga el hombre una manera de reverencia á sus pechos, en los cuales recibió al mismo Dios. Mas esta reverencia se ha de enderezar á que por aquel día no entre en ellos cosa que no sea de Dios, en cuanto nos sea posible. Y en este mismo día señaladamente conviene tapar la boca del horno, porque no se nos salga fuera el calor de la devoción que el fuego del amor de Dios hubiere dejado en él, pues sabemos cuán delicado es el espíritu de la devoción; el cual ligeramente se va, y no vuelve sino con mucha dificultad. De esta manera este Sacramento nos será causa de andar todos estos días recogidos, así antes como después de la Comunión. Por donde así como el sol alumbra y esclarece el mundo, no sólo cuando sale, sino también una hora antes que salga, y otra después de puesto, así el

(1) Exord. 16.—(2) Psalm. 131.

Sol de justicia (que en este Sacramento se encierra) no sólo esclarecerá nuestras ánimas cuando lo recibiéremos, sino también antes y después de haberle recibido; lo uno con la esperanza del recibimiento; lo otro con la memoria del beneficio recibido.

F) DE LOS EFECTOS DEL SACRAMENTO DE LA COMUNIÓN

De esta manera, pues, se purgan y cobran salud las ánimas por el Sacramento de la Confesión: (1) mas esta salud y vida conserva el de la Sagrada Comunión, el cual por eso fué instituido en especie de mantenimiento, porque así como es propio del mantenimiento sustentar la vida corporal, así lo es de este Sacramento sustentar la espiritual, que consiste en caridad; para que no desfallezca esta virtud con las grandes contradicciones que en este mundo padece. (2) Por lo cual dijo el Señor que su carne era verdadero manjar, y su sangre verdadero beber. Sobre las cuales palabras dicen comunmente los Doctores que todos los efectos que obra el mantenimiento corporal en los cuerpos, obra espiritualmente este divino manjar en las ánimas. Porque él nos sustenta en la vida espiritual; deleita el gusto interior, rehace las fuerzas sobrenaturales, repara la virtud enflaquecida, fortalece al hombre contra las tentaciones del enemigo, y hácele crecer cada día hasta su debida perfección, si por su culpa no queda.

Y si preguntares ¿cómo es posible que una sustancia y comida corporal obre un efecto tan espiritual como es conservar y acrecentar la caridad y sustentar al hombre en vida espiritual? A esto se responde que la causa de esto es la virtud sobrenatural de los Sacramentos; los cuales Dios instituyó para remedio de nuestra flaqueza; y quiso que debajo de señales y formas corporales y visibles obra-

(1) S. Tho. 3. p. p. 79.—(2) Joan. 6.

sen efectos invisibles; como se ve claro en el agua del santo Bautismo, la cual lavando exteriormente el cuerpo, lava interiormente el ánima, y la pone en estado de gracia. Pues lo mismo hace este divino Sacramento en su manera, por la parte que es Sacramento, y el mayor de los Sacramentos. Mas sobre todo esto tiene aún dos ventajas muy grandes sobre todos ellos, por donde más altamente obra esto. La una es, que en él juntamente con la carne de Cristo está el ánima de Cristo, y el Verbo Eterno de Dios vivo, y vida de todas las cosas, el cual por medio de este Sacramento entra en el ánima del que comulga, y en ella obra este efecto tan admirable, como es darle vida espiritual. Por donde así como el médico que quiere curar el enfermo con algunos polvos medicinales, los junta con un poco de agua destilada, y se los da á beber, para que el agua, que es líquida, lleve la medicina por todas las venas del cuerpo, donde ha de hacer su operación, así también ordenó aquel Médico celestial de juntarse el Verbo Divino con esta carne humana, para que entrando él por este medio en los hombres, que son de carne, obrase en ellos esta manera de salud y de vida.

Y además de ello, no sólo el Verbo Divino por sí, más también la misma carne que él ayuntó á sí, participa esa misma virtud; (1) y así ella también (por medio de él, como instrumento suyo) es causadora de vida, según lo que arriba declaramos.

Y por esta causa el Salvador, acabando de resucitar la hija de aquel Príncipe Synagoga, le mandó dar de comer; (2) para que la vida que él le había dado con su virtud, se conservase con el mantenimiento, dándonos en esto á entender, que así también conviene que á las ánimas que han resucitado ya por virtud de Dios (que obra en el Sacramento de la Confesión) se administre este divino manjar, para que la vida que se recibe por un Sacramento, se conserve por el otro. En lo cual se ve cuán necesarios sean

(1) S. Tho. 3. p. q. 79. art. 1.—(2) Matth. 9. Luc. 8.

estos dos Sacramentos para la vida espiritual; el uno para que la dé, y el otro para que la conserve. Por lo cual debe el que desea alcanzar esta vida, muchas veces confesar; y el que conservarla, comulgar.

Y por ser tan pocos el día de hoy los que esto hacen, son tantos los que espiritualmente mueren; y por esto mismo está tan apagada la llama de la caridad, (en que esta vida consiste) por ser tantos los que no se aprovechan de estos defensivos y remedios que Dios para esto nos ordenó. Porque (como dijo el Cardenal Cayetano) la caridad en este mundo está fuera de su lugar natural, que es el Cielo, donde, teniendo el summo bien presente, arde sin cesar en el amor de él; más en este mundo está como extrajera y peregrina, y como fuera de su lugar natural, donde tiene mil cosas que le son contrarias: por lo cual tiene necesidad de grandes reparos y defensivos para haberse de conservar. Vemos, que una gota de agua echada en el mar, dura para siempre; porque está en su elemento, donde se conservara con toda la otra agua, que es como ella; más derramada en la tierra, facilmente se seca, por la sequedad natural del elemento en que está, que le es contraria. La ciudad otrosí asentada en el corazón y medio de un Reino, segura está de los enemigos, y no tiene necesidad de gente de armas, ni de guarnición para conservarse; mas la que está en frontera de ellos, si no estuviere muy pertrechada y guardada y velada, á la hora se perderá. Pues en este mismo peligro está la caridad en esta vida, donde está fuera de su lugar natural, y donde tiene muchos enemigos, contra los cuales proveyó aquel soberano Emperador (que tan bien entendía esto) del reparo de este Santísimo Sacramento, del cual se pueden muy bien entender aquellas palabras del Psalmista, que dicen Aparejaste, Señor, delante de mí una mesa (1) la cual me da virtud y fortaleza contra todos los que me persiguen. Pues si todos estamos sujetos á los combates de estos

(1) Psalm. 22.

enemigos, ¿qué haremos sin el socorro de esta mesa que Dios para esto nos aparejó? ¡Ay de aquellos (dice S. Bernardo) que son llamados para obras de fuertes, y no comen manjar de fuertes! Pues ¿quiénes son los llamados para obras de fuertes, sino los que el día que fueron bautizados se declararon por caballeros de Cristo, y por enemigos de Satanás y de todas sus ponpas? Y ¿cuál es el manjar que da fortaleza, contra estos enemigos, sino este Santísimo Sacramento, de quien dice S. Crisóstomo que hace leones que echan fuego por la boca, á los que se llegan á él? De aquí es que donde (según nuestra traslación) dice David: Pan de los Angeles comió el hombre; (1) traslada S. Jerónimo: Pan de los fuertes comió el hombre, porque tal es cierto el Sacramento que por este manjar es figurado.

Pues siendo esto así, con mucha razón llora este santo á los que siendo llamados para esta cotidiana batalla, y no teniendo otras mejores arma que éstas para ella, no quieren aprovecharse de ellas. De lo cual ¿qué se puede seguir, sino la caída y muerte de tantas ánimas como vemos? Porque en los tiempos pasados con la virtud de este Sacramento (que con tanta frecuencia se administraba) prevalecían los cristianos contra todas las furias y rabias de los tiranos, y daban de buena gana la vida por la justicia; mas ahora es tan grande nuestra flaqueza, que apenas damos un paso por ella. Pues el que en medio de tantas muertes y peligros desea remedio, lléguese á esta mesa celestial, susténtese con este pan de fuertes, y trabaje por seguir, no los errores de los presentes, sino los ejemplos de los pasados (1) si quiere pelear legitimamente y ser coronado con ellos

(1) Psalm. 77. (2) 2. Tim. 2

III

RESPONDE Á ALGUNAS OBJECIONES DE ALGUNOS
NEGLIGENTES

Los hombres carnales y amigos de vivir á su voluntad dicen que ¿para qué es tanta Confesión y Comunión? que basta confesar una vez en el año, como lo manda la Iglesia. Estos no tienen conocida, ni la dolencia de la naturaleza humana, ni la virtud de esta celestial medicina, ni la necesidad que de ella tenemos. Si el hombre una sola vez en el año enfermase, una sola vez bastaba usar de estos remedios; mas si toda la vida del hombre es una tela perpetua de enfermedades: si tantas veces nos fatiga el ardor y fuego de la codicia, y la hinchazón de la soberbia, y las postemas de la envidia, y la comezón y lepra de la lujuria, y las llagas encrudecidas de nuestros odios, y el hastío de las cosas espirituales, y la hambre canina de las carnales; ¿cómo queremos acudir al cabo del año á males tan tardíos? Muy flacas suelen ser las medicinas cuando caen sobre llagas afistoladas. Porque aunque el Sacramento de la confesión cure del todo los pecados; mas no quita del todo las raíces de ellos, que son los malos hábitos en que estamos envejecidos y acostumbrados: que son dificultosísimos de curar.

¿Cual es otrosí el hombre que cuando la casa arde, ó los enemigos baten el muro, espera por el fin del año para proveer de remedio? Pues si la carne arde con tantas llamas de codicias, cuantos apetitos tiene desordenados; y si los demonios (que son nuestros capitales enemigos) baten continuamente los muros de nuestro corazón; contra los cuales no hay otro más poderoso remedio que el de los Sacramentos; ¿cómo aguardamos á usar de este remedio al cabo del año siendo el peligro tan cotidiano? Sin duda quien esto hace, ni sabe estimar la dignidad de su ánima,

ni entiende la malicia y perversidad de su carne, ni conoce la virtud y eficacia de los Sacramentos, ni el fin para que fueron instituidos: pues es cierto que no menos fué instituido el Sacramento de la Confesión para curar las ánimas, y el de la Comunión para sustentarlas, que la medicina para curar los cuerpos enfermos, y el pan para mantenerlos.

Y si dices que al cabo del año lo perdona Dios todo; ¿qué me dices de la tiranía de la mala costumbre, que se queda arraigada en tu ánima? ¿qué me dices de las ofensas de Dios que pudieras haber escusado, que pesan más que la pérdida de mil mundos? ¿qué me dices de los otros pecados que se seguirán de ese pecado; pues dice San Gregorio que el pecado que no se cura con la penitencia, luego acarrea otro con su misma carga? Pues ¿cuánto mejor consejo fuera prevenir las llagas, que curarlas después de hechas? ¿Cuanto sería mejor á la mujer casada no cometer adulterio que perdonarla después de cometido?

Y dado caso que la Iglesia no nos obligue á comulgar más que una sola vez en el año; pero esto hizo como piadosa madre, que no quiso dar ocasión de comulgar indignamente á los flacos, ó de quebrantar su mandamiento de comulgar, como hacen algunos; y por esto no quiso hacer ley más que esta sola vez, por amor de estos flacos; dejando por otra parte la puerta abierta, y la mesa puesta todo el año para los devotos.

Otros hay que entienden esto y conocen por experiencia la virtud de estos Sacramentos; mas dejan de recibirlos á menudo. Estos parece que son como aquellos Fariseos de quien dice San Juan que conocieron á Cristo, mas no lo osaron confesar por miedo del mundo: de los cuales dice él que amaron más la gloria de los hombres que la de Dios. Decidme: si vos confesáis que este santo Sacramento fué ordenado y encomendado por Cristo; ¿qué otra cosa es tener vergüenza de recibirlo, sino tener vergüenza de parecer buen cristiano y discípulo de Cristo? Ese

mismo temor padeció S. Pedro cuando negó á Cristo (1), porque tuvo temor y vergüenza de parecer discípulo suyo, y por eso se dice que le negó. Pues ahora ya reina en el Cielo, y es adorado del mundo, y con todo eso se afrentan los hombres de hacer cosas con que parezcan discípulos suyos. ¿Cuál es (dice Salviano) la honra que tiene Cristo entre los cristianos, cuando por parecer uno muy suyo es caso de menos valer? ¿Adónde pueden más llegar los males del mundo, que á tener la religión y la virtud por deshonra, siendo ella sola merecedora de honra, y para quien todas las leyes divinas y humanas disputaron la honra?

Dicesme que te retraen de este misterio las voces y clamores del mundo. Pues ¿cómo? si tu confiesas que entre los tres enemigos y perseguidores que nuestra ánima tiene, uno de los principales es el mundo, el cual persiguió á Cristo, y persiguió á los Apóstoles y á los Profetas, y á todos los Santos, ¿qué caso debes tú hacer de quien esto hizo y de quien así está pregonado y declarado por enemigo tuyo? ¿Quién jamás tuvo por seguro el consejo de su enemigo, y enemigo que siempre le hace guerra mortal?

Pues si este enemigo por una parte te retrae de estos misterios, y por otra te llama Cristo á ellos, diciendo: Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados; que yo os daré de comer (2), siendo esto así, ¿á cuál de estas voces será más razón de acudir? Si llamándonos Cristo y el mundo, acudimos al mundo, y dejamos á Cristo; ¿cómo nos podemos llamar siervos de Cristo? porque de aquel es el hombre siervo, cuya voluntad hace, y á quien desea contentar. Y así dice el Apóstol. Si á los hombres desease agradar, no sería siervo de Cristo (3). Y si nos llamara el mundo para descanso, y Cristo para trabajo, alguna manera de excusa pudiéramos tener. Mas no es así; sino de la manera que lo representa S. Agustín por estas palabras: El mundo clama: (4) Yo desfallezco. Cristo dice: Yo es-

(1) Joan. 18.—(2) Matt. 11.—(3) Gal. 1.—(4) In solil. cap. 13.

fuerzo; y con todo eso la miserable de mi ánima más quiere seguir al que desfallece que al que nos esfuerza.

Dime otrosí: ¿qué te hacen estas voces del mundo? ¿qué te dan? ¿qué te quitan? Muchas veces somos como bestias espantadizas, que tememos las sombras y cosas de aire. El amor propio es el artifice de estos temores, que quiere tener tan seguros sus provechos, que no solamente recela los peligros verdaderos, sino también los imaginados.

Mas ya que hubiese que temer, y las persecuciones de los hombres bastasen para sacarnos sangre; ¿por qué no pasaríamos ese poco de trabajo por gozar de tan grande bien? ¿Caro te parece este bocado por ese precio? El oso que va abrazado con la colmena, no se le da nada que por todas partes le piquen las abejas, por gozar de la miel que lleva. Pues llevando tu contigo una colmena llena de tantos bienes como es esa Hostia consagrada, y un panal de miel tan suave, como es la consolación de este divino manjar, ¿por qué no sufrirás esas picaduras de las lenguas maldicientes por gozar de tal bocado?

Otros hay aún no menos culpados que éstos; los cuales por pereza de aparejarse para este Sacramento dejan de recibirlo, y de recibir á Cristo en él, que es todo nuestro bien. Pues ¿cómo? ¿tan pequeño te parece este tesoro, que se te hace caro pasar ese poco de trabajo por él? Mira, ruégote, en cuán diferente estima lo tenía el bienaventurado mártir Ignacio, el cual en una carta dice así: Fuegos, cruces, bestias, despedazamientos de miembros, y todas las penas del mundo, y las que pueden inventar los demonios, carguen sobre mí, con tanto que merezca yo gozar de Cristo. Pues si este Santo se ponía á todos los martirios de los demonios por gozar de Cristo, que es el que te se da en este Sacramento; ¿porqué no te pondrás tú á tan poco trabajo como es confesarte y encomendarte á Dios, para gozar de este mismo tesoro? ¿Qué mayor locura que dejarse el hombre morir de hambre, por no extender la mano á tomar el manjar que tiene delante! Esconde (dice el

Sabio) (1) el perezoso la mano en el seno, y párecele gran trabajo llegarla hasta la boca. ¿Pues qué cosa puede ser más reprehensible, ni aun más abominable que esta? ¿Qué excusa tendrá ante Dios en la hora de la cuenta quien así desprecia el remedio que se le ofrecía tan de gracia, por tan pequeña carga?

Ni tampoco se deben excusar las personas so color de reverencia, diciendo que por eso quieren comulgar de tarde en tarde, por comulgar con mayor reverencia. Para lo cual debes saber que una de las maravillas de este Sacramento, entre otras muchas, es, que como quiera que entre los hombres la mucha conversación sea causa de menosprecio; aquí no es así, cuando este Sacramento dignamente se recibe. Porque como en él se da gracia, mientras más á menudo se recibe, más gracia se da; y cuanto más crece la gracia, más crece el amor, y el temor, y la devoción, y la reverencia, y todas las otras virtudes, que de ella proceden: que son los principales aparejos que para este Sacramento se requieren. De lo cual todo carece el que menos veces le recibe: y así le recibirá con menor devoción.

Esto mismo también se prueba por la diferencia que S. Gregorio pone (2) entre el gusto de los deleites espirituales (que es el de este manjar celestial) y de los mundanales sensuales: la cual es, que los gustos y deleites sensuales cuando no se tienen, causan deseo; mas después de alcanzados, hastío: como se ve claro en el hombre hambriento, y en el harto: mas por el contrario, los espirituales cuando no se tienen no se desean; porque no se conocen: mas después de alcanzados y gustados, cuanto más se poseen, más se desean, y más hambre causan: según aquello que la Divina Sabiduría protestó diciendo (3): Los que comen de mí, tendrán más hambre; y los que beben de mí, tendrán más sed. Pues si el deseo y la hambre de este pan celestial es uno de los principales aparejos que se requieren para él; y este deseo crece con el gusto y experiencia

(1) Prov. 19. & 26.—(2) Hom. 36. in Evang.—(3) Eccl. 24.

de él; claro está que mientras más á menudo se recibiere más se deseará; y así más dignamente se recibirá. De lo cual se infiere claramente que tanto más dignamente comulgará el hombre, cuanto más á menudo comulgare. Mas los que dilatan esto mucho tiempo, como por una parte carecen de este socorro, y por otra cargan de pecados por falta de él; de aquí nace que mientras más tardan en recibirlo, menos dignamente le reciben.

Y si alegas que eres pecador y flaco, y por eso indigno de esta comida; á esto digo que no estando en pecado mortal, por esa misma razón te debieras llegar por la cual te desvías. Porque este Sacramento es perdón de pecados, y mantenimiento de flacos, y medicina de enfermos, y tesoro de pobres, y remedio común de todos los necesitados. Y así fué instituído por Cristo, no sólo para que fuese manjar de vivos y fortaleza de sanos, sino también para que fuese medicina de enfermos, y resurrección de muertos. Por lo que dicen los Santos que muchas veces por virtud de él se hace el que lo recibe de atrito contrito: que es como si dijésemos, de muerto vivo.

Acuérdate también que comía Cristo con publicanos y pecadores; y que á los que de este convite murmuraban, respondió diciendo: No tienen necesidad los sanos de médico; sino los enfermos (1): y no vine yo á llamar los justos; sino á los pecadores.

Bueno es retraerse de este Sacramento por temor; y bueno es llegarse por amor: porque lo uno y lo otro es honrar á Dios. Mas (como Santo Tomas determina) mejor es llegarse por amor, que retirarse por temor (2): porque (absolutamente hablando) mejores son las obras del amor que las del temor. Conforme á lo cual leemos que David como vió muerto á Oza por la irreverencia que cometió contra el arca del testamento, no osó hospedarla en su casa; sino mandóla depositar en casa de Obededom. Mas después que supo cómo el Señor había prosperado la casa

(1) Matth. 9.—(2) 3. p. q. 86. art. 10. ad. 3.

de su huésped con abundancia de bienes, esforzado más con este buen suceso, que atemorizado por aquel castigo, determinó de llevarla á su casa; y no le engañó su esperanza.

ORACIÓN DE SANTO TOMÁS DE AQUINO PARA DESPUÉS
DE LA COMUNIÓN

Gracias os doy, Señor Dios Padre Todopoderoso, por todos vuestros beneficios, y señaladamente porque quisistes admitirme á la participación del sacratísimo Cuerpo de vuestro unigénito Hijo. Suplicoos, Padre clementísimo, que esta sagrada Comunión no me sea obligación ni ocasión de castigo, sino intercesión saludable de perdón. Séame armadura de fe, escudo de buena voluntad, muerte de todos mis vicios, destierro de todos mis carnales apetitos, y acrecentamiento de caridad, de paciencia, de verdadera humildad y de todas las virtudes. Sea perfecto sosiego de mi espíritu, y firme defensa de todos mis enemigos visibles é invisibles, y perpetua unión con Vos sólo mi verdadero Dios y Señor. Y tened por bien llevarme á aquel convite inefable donde Vos sois luz verdadera, hartura cumplida, y gozo perdurable en los siglos de los siglos. Amén

ARTÍCULO VII

SI ES BUENO COMULGAR MUY Á MENUDO

Preguntará por ventura alguno ¿cuán á menudo se deba este Sacramento recibir? La respuesta de esta pregunta por una parte es muy fácil, y por otra muy dificultosa. Porque si solamente miramos á la virtud y eficacia del Sacramento, como en él está Cristo, que es fuente de todas las gracias, y por él se nos aplique la virtud de su pasión, que es de infinito valor, claro está que si pudiésemos